

ARANTZA LARRAURI

EN EL LABERINTO LLUEVE
(o el sueño de la razón)

POESÍA

Devenir

Madrid, 2018

Quien habita alguna vez
el laberinto
sabe que engañan
el sonido quejumbroso de las verjas,
la apariencia material de las estatuas.

De nada sirve
memorizar los pasos
o arrojar migas de pan por el camino
a modo de pistas
para un regreso inminente.

Si cae la tarde, pájaros rojos
picotean el pan del recorrido
y paulatinamente
se desvanecen las puertas.

Las verdes enredaderas
te dan la bienvenida
y de algún modo sabes
que ya no hay vuelta atrás.

Algunas noches, en el laberinto,
me crucé con vigilantes encorvados
que recogían telarañas, tornillos,
despojos viejos, escobas partidas.

Vigilantes que llevaban en sus manos
farolillos de luz titubeante.

Vigilantes que miraban hacia atrás
y sonreían,
bondadosos.

Alguna vez corrí tras ellos,
quise alcanzarles,
tocar su hombro,
decirles que estaba allí, que me esperaran.

Pero mi voz
estaba cosida con remiendos
y jamás me oyeron.

Se alejaron tambaleantes, entre claroscuros.

Créeme:
la salida está siempre allí.

Está justo allí;
donde no hay ramas que apartar,
baúles que abrir,
pozos en los que caer.

Allí, sin esquinas ni recovecos.

Donde la luciérnaga ilumina
su pequeña sombra
y la hormiga arrastra
migas de esperanza.

Recuerda:
al principio, en el origen,
lejos del miedo.

Si súbitamente me detengo
y miro oblicuamente,
de reojo,
hacia atrás, como los amenazados,
me parece oír un rumor de ángeles.

Un aleteo de dudoso origen,
sosegado,
como un desfile de orugas blancas
que a su paso deshacen
hojas de seda.

Se confunde con un tímido atisbo
de valor.